

# Pan de azúcar

Balli Kaur  
Jaswal



## *Pan de azúcar*

Título original: *Sugarbread*

© 2016, Balli Kaur Jaswal

© Publicado en Singapur por Epigram Books

[www.epigram.sg](http://www.epigram.sg)

ALL RIGHTS RESERVED

AMOK Ediciones

[comunicacion@amokediciones.es](mailto:comunicacion@amokediciones.es)

© AMOK Ediciones para esta primera edición en España, febrero de 2024

© 2022, Isabel Cantos, por la traducción

© 2023, Carlota Suárez Villaverde, por la ilustración

Milos Kalvin para TheWhiteRoomLab, por el diseño gráfico

Alicia Escamilla, por la corrección de estilo

Natalia Martínez, por la maquetación

ISBN: 978-84-19211-32-3

Depósito legal: M-232-2024

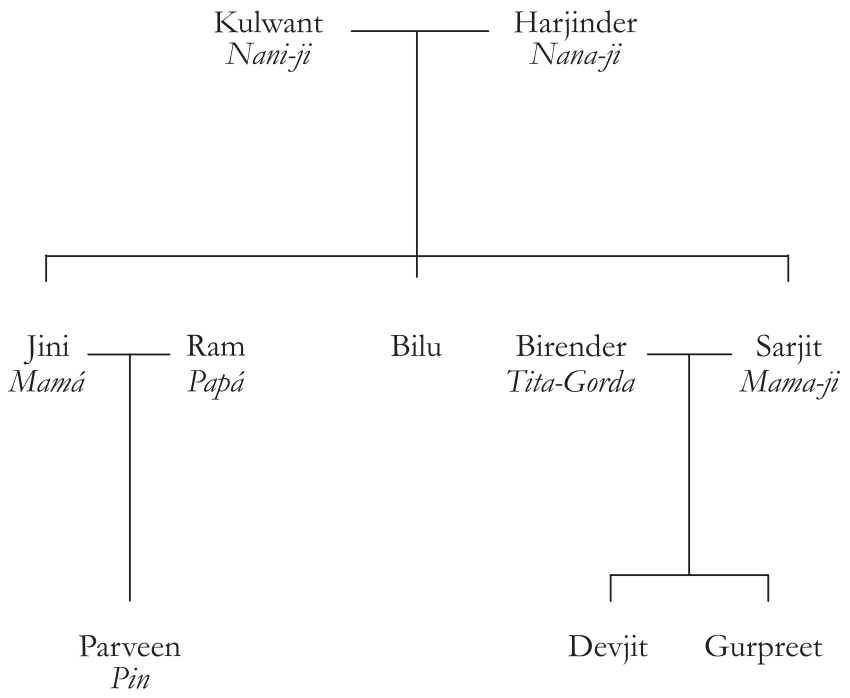
Impreso por Leitzaran Grafikak

Impreso en España — Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para mi madre, mis tías y mis abuelas*







# **PRIMERA PARTE**





# 1

1990

Era el mes de julio en Singapur. El primer sol de la mañana conquistaba poco a poco los rascacielos con brillantes destellos azafranados; los chorros de luz se colaban entre las ramas inmóviles de los árboles, y el pavimento de la ciudad ya devolvía el calor del astro. Mamá y yo caminábamos a la sombra, bajo largas hileras de toldos de lona. A nuestro alrededor se desenrollaban persianas de chapa, desplegándose en un ruidoso traqueteo, como trenes que pasaran justo por encima de mi cabeza. Los tenderos hacían muecas arrastrando estanterías y cajas repletas de pan de gardenia, tarros de *kaya* de coco, bizcochos de *pandan*, paquetes de pan de gambas, molletes rellenos de judías rojas, bolsas de Twisties y unas engomadas tartaletas rosa llamadas *buat kueh*. Eran las pocas cosas que no se estropeaban con el sol.

En el interior, las tiendas eran cuevas sombrías y frescas. Había neveras para los cartones de leche y congeladores para los polos. Los clientes más madrugadores se desplazaban por los angostos pasillos caminando de perfil, como si fueran cangrejos. En la parte de atrás de los puestos, enormes sacos de arroz descansaban sobre el suelo al calor de la mañana. Por encima de ellos, en las paredes, altares de color rojo brillaban con ofrendas de naranjas y palos de musgo ardiendo. Algunas vitrinas aún tenían su candado, porque era temprano; cada vez que los tenderos se agachaban para introducir la llave en la cerradura dejaban escapar un suspiro. Siempre estaban suspirando, porque siempre estaban cansados.

Mamá caminaba con paso prolongado y ligero, y yo, que tenía las piernas cortas, me esforzaba por seguirla. Era la niña más

pequeña de mi clase. Creía que ella me entendería, pero cada vez que le hablaba del tema se impacientaba y me decía:

—Ya crecerás, Pin.

Dotada de piernas largas y elegantes, era incapaz de ponerse en mi lugar. Pero ser un poco más bajita tenía sus ventajas. Yo me detenía a mirar las cosas mientras mamá se limitaba a apretar el paso; precisamente por eso me llevaba con ella al mercado. El recorrido por la planta baja abierta de algunos bloques de viviendas estaba menos concurrido, pero ella prefería pasar por la zona de las tiendas para no perderse los descuentos. Yo tenía buen ojo y agilidad suficiente para sumar y restar de cabeza con rapidez. Papá lo llamaba «tener los sentidos desarrollados», y a mí me gustaba pensar que Dios me había dado buenos sentidos intencionadamente, para compensar lo que me faltaba de estatura.

Yo me dedicaba a buscar las ofertas de las tiendas con la esperanza de que mamá se acordara de algo que le hacía falta y así poder retrasar nuestra visita al Wet Market<sup>1</sup>, aunque solo fuera unos minutos.

—Mira, venden pinzas para la ropa —le dije alzando la voz para que pudiera oírme.

Ella aminoró el paso. Entonces le señalé una cesta que habían colocado en el exterior de una tienda de saldos variados. El establecimiento no estaba tan ordenado como los otros. La pareja de ancianos que lo regentaba exhibía una mueca de perplejidad cuando los clientes pedían un juego completo de cualquier cosa. Vendían todos los artículos por separado: perchas, clavos, una mina de lápiz, una toalla de papel, un frasco de bálsamo de Tigre... En palabras de mamá, era «la tienda de uno de cada», aunque su nombre real, tal como indicaba el letrero instalado sobre la puerta, era Lee's Goods. Fue entonces cuando le señalé la bandeja repleta de pinzas de madera y de plástico. «PINZAS PARA LA ROPA. 5 CTS. UD», decía el cartel.

—No necesitamos —respondió ella cuando hubo leído el anuncio. Luego volvió a apretar el paso obligándome a correr de nuevo para alcanzarla.

<sup>1</sup> Su nombre proviene de la costumbre de limpiar con agua los suelos del mercado hasta el punto de inundarlos en algunas ocasiones. Son mercados al aire libre que venden desde fruta y verdura de temporada hasta carne y marisco vivo. (*N. del E.*).

—Me gustan los Twisties —dije al ver las bolsas en el exterior de otra tienda.

—Los Twisties son una porquería —contestó mamá.

En aquel momento comprendí que era inútil intentar retrasar lo inevitable: nos encaminábamos al Wet Market y lo hacíamos ya.

Los domingos por la mañana el barrio de Ang Mo Kio olía un poco a humo y a dulce. En el corto paseo hasta el mercado, aquellos dos aromas se percibían con claridad en el ambiente: algo que se quemaba y algo que decía «cómeme». El fuerte olor a quemado provenía del humo que desprendían los woks de los cafés abiertos 24 horas de la zona, con sus blancas mesas destartadas y sus sillas de plástico rojo. El humo transportaba consigo el aroma de las cebollas y los ajos chisporroteando en aceite, de los fideos de arroz cocándose en salsa de ostras, de las verduras cocidas con ajos picados, de la masa hecha con harina, huevos y mantequilla, de la salsa de carne con leche de coco y del pescado al *curry*. El olor dulzón no procedía necesariamente de la comida, aunque se hacía irresistible cuando pasábamos a la altura de la panadería Happy Garden, con sus centelleantes vitrinas repletas de pasteles de *mousse* de chocolate y su *keuh lapis*<sup>2</sup> de múltiples capas. Había otro reclamo dulce en el ambiente del domingo: el de las macetas de buganvillas que acompañaban en perfecta alineación el recorrido de los estrechos caminos, el de la mezcla de loción corporal y desodorante con sudor, el de los saludos matutinos entre dos mujeres, el del dinero con el que se fanfarroneaba en el despacho de lotería 4D, el de las gomas y el cuero sin estrenar en la tienda de bicicletas.

Nada en el mundo era comparable a nuestro barrio un domingo por la mañana. Había vivido allí toda mi vida. Yo tenía entonces diez años.

A medida que nos acercábamos al Wet Market, aquellos dos olores dieron paso a algo más: un sabor amargo comenzó a invadir mi garganta. Siempre era así. El miedo me apretaba las entrañas y hacía que las piernas y los brazos me pesaran como el plomo. No podía moverme ni llamar a mamá, que seguía caminando. Finalmente,

<sup>2</sup> En indonesio, «aperitivo de capas». Es un colorido pastel o pudín de arroz cocinado al vapor, elaborado con harina de arroz, sagú, leche de coco, azúcar y colorante. Este aperitivo, que debe su nombre a la alternancia de colores intensos, es muy popular en Indonesia, Malasia y Singapur. (*N. del E.*).

volvió un poco la mirada y retrocedió algunos pasos, con clara expresión de disgusto en la cara.

—Vamos. No vayas a perderte —me dijo.

Yo siempre me cogía con fuerza a su mano cuando entrábamos en un lugar lleno de gente —los centros comerciales de la ciudad, las hileras de puestos ambulantes del Ang Mo Kio Central, el intercambiador de autobuses—, pero a veces, sin darse cuenta, ella me perdía. Mamá nunca llegó a admitirlo. El año anterior fuimos al mercadillo de Pasar Malam<sup>3</sup> que hay al final de la calle. Las linternas llenaban el cielo negro de pequeñas lunas mientras, a través de los altavoces, podía escucharse música china. Los comerciantes de los puestos voceaban los precios de los vestidos, los juguetes y el algodón de azúcar por cualquier rincón por donde nos metiéramos. Recuerdo que sentí la mano de mamá desprenderse de la mía, seguramente cuando se acercó a ver alguna ganga. El espacio entre nosotras empezó a llenarse de gente a la velocidad con que se cuele el agua en una alcantarilla. Pasaron apenas unos minutos antes de que me encontrara, pero a mí me parecieron horas, se me antojaron una vida. Cuando le reproché que había sido ella la que me había soltado, se enfadó:

—¿Por qué iba yo a hacer una cosa así? —se defendió.

Ya podía sentir el calor en la espalda; el sudor me pegaba a la piel la delgada camiseta. A nuestro alrededor los clientes se movían cada cual a su manera. Algunos, calzados con sandalias que dejaban el talón al aire, pasaban a toda velocidad junto a nosotras, mientras otros deambulaban con lentitud. Había espaldas rectas, espaldas encorvadas, blusas sueltas, camisetas ajustadas... Distinguí todo tipo de tonos de piel y varices verdosas, como arañas, decorando las corvas de algunas rodillas. Vi huesos sobresalientes y zapatillas de goma a punto de desarmarse.

—¡Ay! —gritó un hombre tras perder su chancla, que, patinando por el suelo, fue a aterrizar en el canalón poco profundo de la esquina de una acera.

<sup>3</sup> Mercado callejero itinerante nocturno en cuyos puestos puedes encontrar frutas, verduras, ropa y accesorios, entre otras cosas. Algunos mercados cuenta también con puestos de comida. (*N. del E.*)

Vi cómo buscaba con la mirada a la persona que le había hecho tropezar. Me refugié detrás de mamá, por si se le ocurría pensar que había sido yo, pero la rabia solo le duró unos segundos; pareció darse cuenta de que no merecía la pena: tenía que seguir moviéndose. Corrió para recuperar su zapatilla, volvió a meter el pie dentro y se lanzó a la faena como si nada hubiera pasado.

—Toma mi mano —dijo mamá; yo obedecí y ella añadió—: ¿Ahora qué hay que hacer?

—Seguir agarrándote la mano.

—¿Y qué es lo que no tienes que hacer?

—Morirme de miedo.

—¿O?

—Llorar —respondí bajando la voz, porque me daba vergüenza.

—¿Lista? —preguntó.

Asentí con la cabeza y me hizo entrar. Cuando la locura del mercado se nos echó encima mi reacción instintiva fue zafarme de su mano y salir corriendo, pero como ella ya se lo había imaginado, me agarró aún más fuerte. No había escapatoria. El mundo se convirtió en un mar agitado de gentes, voces y colores. Mis ojos tardaron en adaptarse a la escasa iluminación y mi nariz, a la humedad y al olor a sangre de pescado, flores, incienso y fruta madura, todo revuelto. Habíamos entrado por un callejón estrecho que discurría entre un puesto de orquídeas recién improvisado y otro de aves de corral donde unos pollos desollados colgaban del pico de ganchos en forma de C. El rosa grisáceo de su piel plagada de pequeños granos me producía asco, así que dirigí la mirada a otro puesto donde vendían incienso y papel para quemar en la ofrenda a los antepasados. Más allá, una anciana encaramada a un pequeño taburete señalaba una pecera repleta de cangrejos de un color plomizo, las pinzas fuertemente atadas con una cuerda de rafia rosa. Se subían unos encima de otros y luego se dejaban caer golpeando sobre el cristal con las tenazas. Sus ojos parecían cuentas de azabache.

Imperaba el desorden. Todo Singapur estaba limpio y ordenado, pero el mercado era otro mundo. Yo prefería los pasillos con todos los productos en su sitio y el aire acondicionado del supermercado NTUC del Ang Mo Kio Central, pero mamá sostenía que nada era bueno si no era fresco y procedía del Wet Market. Ella se escabullía

entre las calles con facilidad. En los puestos regateaba los precios acompañándose de un movimiento involuntario de caderas. A mí el caos del mercado se me hacía más llevadero cuando me concentraba en imitar ese gesto, aunque tenía que hacerlo con mucho disimulo para que no me viera; se preocupaba especialmente si me veía andar como ella.

Aquella mañana mamá había entrado en mi habitación llamándome por mi nombre.

—Pin —dijo en voz baja.

Yo estaba despierta, porque la luz del sol ya se colaba entre las lamas de las persianas. Cerró la puerta y pude oír cómo iba de un lado al otro del piso con paso rápido. La ventana de mi cuarto daba al corredor principal de nuestro edificio y, a menudo, los fines de semana, al despertarme, me quedaba en la cama observando las sombras de los que deambulaban por allí, intentando averiguar a qué vecinos pertenecían. Estaba la joven malaya que vivía con sus padres ya mayores: alta y de constitución huesuda, tenía el pelo corto y de punta. La vivienda del final del pasillo estaba ocupada por una familia de cuatro miembros. La madre siempre llevaba en brazos al bebé, un bulto incorporado a su silueta. El niño era demasiado pequeño para que su sombra llegara hasta la altura de mi ventana, pero pude reconocer la figura encorvada del padre, que lo acompañaba.

—¡Pin! —Mamá había entrado otra vez y ahora estaba plantada delante de mi cama—: ¡Espabila. Dúchate. Vístete! Hoy tengo que comprar muchas cosas. Necesito que me ayudes a llevar las bolsas de la compra.

Miré a través de la tela transparente del mosquitero de mi cama: cintura delgada, caderas que sobresalían como estrechas repisas; era la silueta de mamá.

—Dame cinco minutos —murmuré.

Otra sombra cruzó entonces a través de la ventana muy lentamente. Tuve que incorporarme para identificar a su dueño, pero una brisa repentina empujó las persianas y distorsionó la figura. Mamá irrumpió de nuevo en mi cuarto antes de que hubieran pasado los cinco minutos.

—¡Pin! —exclamó, como si me hubiera pillado robando.

La sombra se detuvo, sorprendida por la voz de mamá, y luego siguió su camino. Por fin me levanté y me metí en la ducha. Esperé a que saliera el agua para refunfuñar sin que se me oyera.

Cuando me senté en su dormitorio a ver cómo se empolvaba la cara y alisaba una pequeña arruga de la blusa se me pasó el malhumor. Mamá resultaba demasiado glamurosa para el mercado. Siempre llevaba ropa correcta; nada elegante, pero nunca prendas de andar por casa. La mayoría de las amas de casa que acudían al mercado calzaban sandalias de goma y vestían holgados pantalones cortos de batik con camisetas por encima. Ni se peinaban. Pero mamá echaba la cabeza hacia abajo para ahuecarse el cabello y luego se lo colocaba de tal manera que le tapara la frente, como si fuera una nube oscura. Cuando se metió en el baño yo intenté hacer lo mismo, pero el cepillo se atascó en medio de mis rizos. El segundo intento tampoco funcionó: yo había heredado el pelo de papá y absolutamente nada de la gracia de mamá.

Ahora ella me había soltado la mano. Cuando le tiré de la falda para recordárselo, asintió con la cabeza, como diciéndome que no se había olvidado de mí; solo estaba rebuscando en su bolso.

—Lo primero es el pescado. Vamos a dejarlo solucionado —dijo.

Se me escapó un pequeño gemido; traté de contener la respiración, pero era inútil: el pescadero se abanicaba la cara con las manos mientras gritaba los precios. Los peces, con la boca abierta y los ojos vidriosos, estaban dispuestos en hileras sobre bandejas llenas de hielo. Sus largas aletas parecían palos de escoba: había peces más grandes, más blancos, otros con una especie de pico largo y afilado. El fuerte olor metálico de la sangre impregnaba el ambiente.

Cuando el pescadero vio a mamá le dedicó una sonrisa y se dirigió a ella en malayo:

—Buenos días, ¿quiere pescado?

—Sí, dos, pero antes dígame el precio.

El hombre pesó dos piezas.

—Ocho dólares.

Ella lo miró entrecerrando los ojos, para ver si era sincero. Pasado un momento, dijo:

—Bien, entonces, uno más.

Yo esboqué un gesto de fastidio. Odio el pescado y eso significaba que mamá lo iba a poner frito para la cena. El hombre comprendió la expresión de mi cara y se rio.

—Su hija —más que afirmar, lo preguntaba.

Le sonreí. Me gustaba que la gente se diera cuenta que era hija de mamá.

—Sí —respondió ella—. Gracias.

Cogió la bolsa de plástico de manos del tendero y me la entregó. Pasé la muñeca por las asas y dejé que se desplomara por el peso, sin importarme si se rompía. Mamá me confiaba, además, la carne y las verduras; ella se encargaría de los huevos y la fruta más pesada.

En el mercado se hablaban las cuatro lenguas principales. El aire se llenaba de sílabas chinas, rápidas como pinceladas. Algunos de los vendedores de más edad hablaban en malayo. El hombre de piel oscura que vendía cordero troceado negociaba rápidamente en tamil. Había tenderos que se expresaban inseguros en un inglés balbuceante, mientras otros lo hacían con contundencia en un inglés abiertamente defectuoso. Mi familia hablaba punyabí, una lengua que la mayoría de la gente de Singapur ni siquiera sabía que existía, algo de lo que nos aprovechábamos. En el puesto de fruta mamá me encargó, hablándome en punyabí, que inspeccionara si las manzanas estaban bastante rojas mientras ella comprobaba la firmeza de las naranjas. Yo era lo suficientemente baja para cogerlas sin tener que inclinarme para llegar a la cesta. A ella no le gustaba exhibir demasiado interés; inclinarse equivalía a mostrar necesidad y no queríamos pagar de más por una buena fruta.

—Están maduras —confirmé en voz baja, aunque sabía que la frutera no iba a entenderme.

Encontrábamos muy pocos punyabíes; solo cuando íbamos al templo. Si los veíamos en algún sitio, nos hacíamos los despistados porque a mamá le disgustaba pararse a charlar con ellos. Decía que la mayoría solo buscaba algún chisme para llevarse a casa y que hasta la información más inofensiva podía convertirse en sus manos en una noticia nacional.

—¿Seguro? Mira con atención —insistió, y luego observó a la tendera.

—Estoy segura —respondí.



La manzana que tenía en la mano era redonda y estaba madura. Apreté el pulgar contra la piel y la abollé ligeramente.

Mamá asintió y compró unas cuantas. La vendedora era una mujer de constitución delgada, con el pelo corto, rizado y blanco como la nieve. Cuando le dio el cambio a mamá, pude ver que los nudillos se le marcaban a través de la pálida piel.

—Estoy cansada —anuncié mientras pasábamos al siguiente puesto.

Aún faltaba bastante para llegar al final del mercado. Había que ver cómo estaban las hortalizas de hoja verde, escoger a mano las alubias y pesar y empaquetar los muslos de pollo.

—Estoy muy cansada —insistí.

No sé si mamá me oyó; en todo caso, fingió no haberlo hecho. La observé regatear como un singapurense.

—Dame uno más grande, pero al mismo precio —exigió al hombre que cortaba cuidadosamente finas lonchas de tofu de una pieza de gran tamaño.

Mamá era como mis profesores de la escuela: no aprobaba el *singlish* —así llamaban al inglés criollo singapurense—, pero no podía evitar usarlo en ocasiones. Por lo general, cuando hablaba con extraños, se expresaba en inglés con la misma nitidez que una locutora del Canal Cinco. Pero el inglés correcto no impresionaba a nadie en el mercado: solo elevaba los precios. En una ocasión le comenté que lo cuidado de su ropa podría hacer pensar a los tenderos que éramos ricos, sin embargo, su aspecto aseado era algo a lo que ella no estaba dispuesta a renunciar.

Las asas de las bolsas se me clavaban en las muñecas. Las voces de los vendedores y de los clientes se fundían en un zumbido ensordecedor. Volví a decirle a mamá que estaba cansada.

—Y tengo sed —añadí.

Unas escaleras cercanas conducían al Hawker Center<sup>4</sup> del piso superior. En el primer puesto vendían zumo de caña de azúcar casi congelado. Estuve a punto de sugerir un descanso, pero sabía el

<sup>4</sup> El *hawker* era un cocinero ambulante que llevaba su carrito a lugares concurridos y cocinaba platos en el momento en la acera. Por motivos de higiene, en los años 80 el gobierno empezó a crear Hawker Centers donde se agrupaban bajo un mismo techo en una ubicación fija. (*N. del E.*)

peligro que eso entrañaba. No era bueno molestar a mamá cuando estaba haciendo la compra. Se le nublaba la mente y se olvidaba de cosas importantes.

Después del tofu iban las espinacas tiernas. Luego, los tomates y las zanahorias. La ayudé a elegir cada pieza.

—No tengas prisa —me advirtió—; escoge con cuidado.

Pero el ambiente se volvía más agobiante por minutos y dificultaba la respiración. Además, la noche anterior no había dormido mucho. Mi mente solo veía números.

—Cuatro dígitos —decía papá sentado a los pies de mi cama—. Piénsalos bien.

Pensar en los dígitos parecía fácil, pero tenían que resultar ganadores o perdería en la lotería de los 4D.

—Utiliza tu intuición, Pin —me pedía siempre mirándome fijamente.

Cada domingo por la mañana papá, inquieto, hacía cola en la tienda de lotería de los 4D, confiando en que nadie hubiera cogido ya su combinación. Nunca le había tocado, pero siempre estaba cerca. En mi primer día de clase le di el número de mi aula, que en realidad solo tenía tres dígitos; le añadí uno final al azar convirtiéndolo en el 1123, porque pensé que sonaba a número premiado. Cada vez que papá buscaba el resultado del sorteo en el periódico y descubría lo cerca que había estado de ganar, cerraba con fuerza los puños y apretaba los dientes diciendo:

—¡Por qué poco...!

Cuando no salía ninguno de los números elegidos, se callaba y hacía turnos más largos en el hotel. Mi madre no creía en la lotería y decía que era tirar el dinero. Aunque sabía que cada semana papá se ponía en la cola para comprarla, ella apenas lo mencionaba, de modo que la lotería era nuestro secreto, algo que solo nosotros dos entendíamos. Papá estaba seguro de que algún día le tocaría. Pero a mamá le gustaba decir que apostar era tan inútil como rezar cuando se tienen problemas.

Solo faltaban cuatro puestos, pero sentía mis piernas como si fueran de corcho. Mamá no toleraba esas excusas.

—Ánimo, Pin —me decía en inglés cuando ya estaba harta de estar en el mercado.

Ante el puesto de los durianes comprendí que necesitaba una excusa de otro tipo, algo más contundente. Uno de los vendedores se agachó sobre el suelo mojado frente a un bloque de madera y cortó en él la dura cáscara de un durián con un cuchillo enorme. Las dos mitades se separaron dejando al descubierto la fruta de color crema, redonda y carnosa como un corazón. Por un momento, antes de que el penetrante hedor del durián se elevara en el aire, me quedé hipnotizada por la forma en que el tendero manipulaba la cáscara gigante llena de espinas. La mayoría de ellos llevaban guantes, pero al hombre no le importaba carecer de ellos. Cogía cada pieza de una cesta de paja tan alta como yo y, tras hacer un pequeño corte con su cuchillo, separaba ambos lados de la cáscara con las manos desnudas. Busqué callos en las palmas de sus manos —seguramente las tenía rugosas de tanto presionar las espinas punzantes. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea.

Primero empecé a moverme como si estuviera nerviosa, solo un poco, y luego me paré. Mamá seguía mirando los durianes mientras decidía si los compraba o no. Esta fruta era su especialidad, pero yo no sabía qué había que hacer para comprobar la madurez de la piel. Cuando se volvió hacia mí, de nuevo me moví, como retorciéndome.

—Basta —dijo mamá.

Ella pensó que solo estaba nerviosa porque quería irme, pero en realidad yo estaba maquinando algo más grande. Me detuve un instante y luego, cuando pasó al siguiente puesto, reanudé el movimiento. Esta vez levanté la pierna y me la rasqué hasta que me hice una alargada roncha roja. Mamá seguía sin darse cuenta. Nuestra siguiente parada fueron los pollos. La dueña del puesto era una mujer joven con un niño que no se soltaba del bajo de sus pantalones cortos mientras nos miraba fijamente. Ella hizo un gesto para sacudirselo de encima, le dijo a mamá el precio y sacó un amasijo morado del interior de un pollo desollado, todo al mismo tiempo. Yo me agaché, me clavé las uñas en la piel y me arañé con tanta fuerza que hasta pude oír el ruido de los arañazos. Mamá, en plena negociación, me miró de reojo.

—Pin, ¿qué estás haciendo? ¿Qué pasa?

Hice un guiño fingiendo dolor y seguí rascándome. Normalmente, cuando mamá se rascaba las costras que tenía en la piel,

hacía un ruido tan repugnante como los olores del mercado. Vi que por fin estaba prestando atención.

—Me pica —me quejé, moviéndome con aparente desazón; hasta yo estaba empezando a creérmelo.

Se agachó frente a mí al tiempo que soltaba todas las bolsas de plástico. El agua del suelo caló el bajo de su falda tobillera oscureciendo los bordes del tejido. No pareció importarle. Me examinó la pierna, justo donde me había salido un alarmante sarpullido.

—Ahora sí que nos vamos a casa —proclamó mientras se levantaba para pagar a la tendera, que tranquilamente se embolsó el cambio.

Mamá me sacó de los pasillos del mercado, de sus sonidos ahogados, de su iluminación amarillenta, de su olor a sangre cruda. La gente caminaba deprisa aquella brillante mañana y se fundía con la blancura del aire. Fuimos a dar a una acera bien pavimentada, a los parterres floridos y al runrún de los autobuses, que reducían la velocidad en cada parada. Solté un largo suspiro de alivio. Esto era otra vez Singapur, o al menos el Singapur que yo conocía.

Ahora voy a contar un secreto: dejé que mamá creyera que no la acompañaba al mercado porque tenía miedo de perderme, pero lo cierto es que ese no era mi mayor temor. El mercado no era mi lugar favorito del mundo, pero podía imaginarme que estaba bajo el agua, que era un turista interesado en comprar fruta exótica o un marciano que observaba fríamente la vida en otro planeta. Con el tiempo, incluso lograría abstraerme del olor a sangre y de los gritos de los tenderos; incluso aprendería a caminar con cuidado para no resbalar en el suelo mojado. Mi mayor temor, en nuestras visitas al mercado, era lo que mamá siempre me decía después, cuando estábamos volviendo a casa.

—Prométeme que no te volverás como yo.

La primera vez que pronunció estas palabras, me quedé esperando una explicación, pero no hubo ninguna. Le pregunté por qué lo había dicho y me contestó:

—Hay muchas razones, Pin. Eres demasiado joven para entenderlo todo, pero puedes evitar cometer mis errores. Yo solo quiero

que lo tengas en cuenta. Apenas era un poco mayor que tú cuando todo se estropeó.

La segunda vez que me hizo la misma advertencia, le recordé que ya me lo había dicho la semana anterior, pero ella me miró con una expresión de dureza.

—Y lo voy a seguir diciendo hasta que aprendas, Pin —me espetó—: No te vuelvas como yo.

Me sentí avergonzada. Mamá no habría tenido que recordármelo si no me hubiera visto intentando imitar su forma de andar o tratando de peinarme como ella. Pensé que tal vez debía ser así: las hijas y las madres no tenían que parecerse. Yo no acababa de entenderlo, pero mamá era inflexible en este punto y lo repetía solo los domingos, así que se convirtió en nuestro ritual semanal posterior al mercado.

No me gustó. Sus palabras parecían anunciar que yo estaba en peligro; por eso deseaba saber más, pero a mamá le desagradaban las preguntas. Rara vez respondía, solo a su capricho. Con mamá solo estaba segura de unas cuantas cosas. Sabía que era guapa, pero tenía la piel estropeada y llena de marcas en los brazos y las piernas. Sabía que le gustaba ver películas en hindi y que a veces susurraba con delicadeza a las macetas que teníamos en la puerta del piso. Si quería saber algo más, tenía que buscar pistas en su forma de cocinar.

Durante el camino a casa mamá aminoró el paso para que pudiera seguirla. Parecía preocupada.

—Déjame que lleve eso —se ofreció, cogiéndome la bolsa del tofu.

Para volver a nuestro edificio, siempre tomábamos la ruta que nos alejaba de las largas filas de personas que se dirigían con paso lento hacia el mercado.

—Menos mal que hemos ido temprano; mira toda esa gente que va para allá. Tiene que ser de locos estar ahora ahí dentro —observó.

Nuestro bloque de pisos tenía el número 549. Tiempo atrás papá compraba un décimo con estos dígitos y lo combinaba con un número nuevo cada semana. Justo enfrente de nosotros, en la zona común del bloque 547, todo el espacio estaba ocupado por jaulas para pájaros hechas de ratán. Unos hombres ayudaban a colgarlas en los ganchos del techo y luego las numeraban. Las aves, de color

parduzco, gorjeaban de manera estridente dentro de sus pequeñas mazmorras, como si cada una quisiera sobresalir sobre el resto. Habían colocado un cartel en caracteres chinos con su traducción al inglés garabateada debajo. Se trataba de otro concurso de pájaros cantores organizado por la comunidad de vecinos. Cada semana se celebraba uno en un bloque diferente. Un grupo de individuos viejos y panzudos, ataviados con pantalón negro y camiseta blanca, se habían sentado bajo las jaulas y ladeaban la cabeza en distintas direcciones escuchando atentamente para decidir cuál de los cantos era el más bello.

—A mí me suenan todos igual —murmuró mamá mientras salíamos del ascensor y recorríamos el corredor hasta nuestro piso.

El ruido de las aves llegaba hasta nuestra planta; el tono de sus silbidos era tan agudo que traspasaba las ventanas de la cocina, algo que teníamos que aguantar durante todo el santo día hasta que por fin se anunciaba el nombre del ganador.

Ya en casa, mamá fue a su habitación y salió con un frasco de pomada. La untó con cuidado sobre las rojeces que yo misma me había provocado en la pierna.

—¿Bien? —preguntó. Pero antes de que pudiera responder, agregó:— Sí, esto te irá bien.

Me sentía tan culpable por fingir que me había salido un sarpullido que enseguida me dispuse a alinear las bolsas de la compra en perfecta formación junto a la pared de la cocina. Mamá se paseó cubriendo varias veces la distancia desde allí hasta la encimera, como si fuera un general pasando revista a su tropa. Abrí la puerta de la nevera y moví un cartón de leche para hacer espacio. Había que seguir un orden determinado a la hora de colocar los alimentos, ya que todo estaba supeditado al menú semanal. Observé la forma en que mamá apilaba las espinacas y los brotes de soja en el cajón de las verduras, metía los muslos de pollo y el pescado en el congelador, y ponía el trozo de tofu en un cuenco con agua. Intenté adivinar las combinaciones de alimentos para la semana de la misma forma que buscaba en mi mente los números ganadores de papá, pero no me salió nada. Nada tenía sentido. Solo mamá conocía el plan. Cuando terminé, la nevera, abarrotada, era una amalgama confusa de colores, y ya eran casi las doce.

Volví a mi cuarto, encendí el ventilador y me estiré sobre las baldosas frescas del suelo. La implacable luz solar se amortiguaba al pasar a retazos a través de las lamas de las persianas. En nuestra pequeña sala de estar, mamá había colocado los muebles como excusa para ver luego la televisión, así que, llegado el momento, se repantigó en el sofá de ratán. Las sombras borrosas de los vecinos seguían cruzando por la ventana de mi dormitorio y yo iba adivinando, segura de no equivocarme, a quién correspondía cada una. También podía predecir cómo se desarrollaría el resto de la jornada. Papá llegaría a casa tras su turno de noche en el hotel y asomaría la cabeza por la puerta de mi cuarto para que habláramos de sus números para la lotería. Mamá tendría lista una comida sencilla, nada demasiado contundente, porque ese día era domingo y los domingos le gustaba preparar una cena especial. Yo comería, ayudaría con los platos y luego me iría a mi habitación, dejando a mamá y a papá sentados en el sofá ante el televisor. Ya en mi cuarto, me quedaría adormilada escuchando las canciones de las películas de sobremesa en hindi, mientras el sol se ponía y la luz del día escapaba de nuestra casa.

En casa se cocinaba —y se comía— para algo más que para satisfacer el apetito. Mamá ideaba platos dependiendo de su estado de ánimo, del tiempo que hiciera o de si se habían producido acontecimientos fuera de lo corriente. Yo tomaba los alimentos con sumo cuidado, saboreando en busca de pistas. Las hojas de col empapadas en salsa dulce de coco me indicaban que se sentía tranquila: quizá había llovido aquella tarde y no me había dado cuenta al mirar por la ventana de la clase, en el colegio. Las hojas de laurel y las salsas agrias eran signos de sofisticación: mamá me animaba a salir de los estrechos pasillos de aquel bloque donde los vecinos se espiaban y tropezaban unos con otros. También estaban los palitos de canela; los utilizaba para tranquilizarme cuando percibía un fallo en el funcionamiento del mundo y quería amortiguar el golpe. El fuerte sabor del comino en cualquier plato evidenciaba su disgusto por algo. Había muchos platos con comino.

Fue papá quien me enseñó a encontrar los significados ocultos en la comida de mamá. Decía que era una técnica muy útil, sobre

todo cuando estaba enojada. La primera vez que me habló de ello, me emocioné. Pensé que por fin sería capaz de comprender a mamá. Pero lo único que descubrí fueron sus emociones. Podía saborear su enfado en la cantidad de chile rojo en polvo y semillas de mostaza que espolvoreaba en el *curry*, así como era capaz de afirmar que estaba contenta cuando al asado de pollo le añadía una salsa de soja ligera y semillas de anís, y luego lo servía sobre arroz blanco. Pero me moría por conocer más cosas de mamá. Estaba llena de secretos. Lo supe desde la primera vez que la vi de pie en la ventana, observando con atención los edificios en la lejanía y el firmamento que se abría paso tras ellos. Lo hacía a menudo, ajena a todo lo que no fuera el amplio cielo. Pero yo nunca sabía a ciencia cierta si estaba mirando algo o en realidad buscaba algo.

—Tu madre no siempre dice lo que piensa o lo que siente —me explicó papá—, pero, cuando cocina, pone toda su mente y su corazón en la comida, y seguro que aprendes algo de ella.

Así que empecé a buscar a mamá en sus especias y sus salsas, en la combinación de sus verduras y en sus postres dulces.

Más o menos por las mismas fechas en las que mamá había empezado a incluir el mercado en nuestra rutina dominical, dejamos de ir al templo sij. No podría decidir cuál de los dos sitios me gustaba menos. No es que me importara llevar un *salwar-kameez*<sup>5</sup>, la cabeza tapada o los pies desnudos. Me agradaba la tranquilidad de la sala de oración, con sus secciones separadas para hombres y mujeres. Me imaginaba que era una persona famosa cuando descendía por aquella larguísima alfombra roja ya sin brillo y me inclinaba con reverencia ante el gran libro sagrado y el barbudo sacerdote que leía el texto en voz alta sin alzar nunca la vista. Podía aguantar el servicio religioso; lo hacía sentada con las piernas cruzadas, bajo los ventiladores que laminaban el aire y escuchando el sonido chirriante de los acordeones que marcaban el ritmo de los himnos. Pero me aterraba comer en el templo, y por eso estaba segura de que Dios me castigaría.

La comida del templo era *roti* al carbón: una torta hueca de masa blanda hecha con harina de trigo y agua, cocinada directamente

<sup>5</sup> Vestimenta usada en el sur de Asia tanto por hombres como por mujeres, que consta generalmente de dos piezas: una túnica y un pantalón. (*N. de la T.*)



sobre el negro picón humeante, en una plancha de hierro al rojo vivo. La coliflor y las patatas mezcladas con especias y el grumoso *dhal* se revolvían en ollas y sartenes inmensas calentadas sobre monumentales llamas azules que parecían faldas invertidas. Había también un yogur fino y licuado que tenía dentro tiras de zanahoria y de pepino. Nada de esto lo había preparado mamá. Las mujeres, que cocinaban en la parte de atrás del templo, vivían del cotilleo, parlotando sin parar sobre historias de los hijos y los matrimonios de sus amigas. Yo siempre las oía hablar cuando entraba a poner mi plato en el fregadero. En cierta ocasión me di cuenta de que una de ellas, cuando pasé a su lado, le dio un codazo a su amiga.

—¿No es esa...? —preguntó.

Pude oírla porque en ese momento había alzado algo la voz. De camino a casa en mi paladar se repetía el sabor de su comida: era seco y agrio como los cotilleos que hacía circular en murmullos, así que le dije a mamá que no podía seguir comiendo en el templo.

«Es la comida de Dios», me respondía siempre ella en tono tajante, como si con eso se explicara todo. Me recordaba que debía estar agradecida por ser sij, porque en nuestra religión todo el mundo era tratado por igual a la hora de comer: «Jóvenes y viejos, ricos y pobres; si crees en Él, eres bienvenido a cenar en el templo». Tuve que admitir que era muy generoso por parte de Dios alimentarnos a todos. Pero, para mí, su comida debía ser un poco más atrayente.

Rezongar alrededor de mamá no era buena idea; no lo toleraba, y en el templo nunca intenté poner en práctica el truco de rascarme porque era demasiado arriesgado con tanta gente mirando: se suponía que allí no conocían los problemas dermatológicos de mamá, algo que nosotros tres manteníamos en relativo secreto. Mamá tenía una enfermedad que hacía que la piel le picara y se le enrojeciera terriblemente. El médico al que consultó le recetó una pomada específica y le aconsejó no rascarse, pero a veces —decía— no podía soportarlo. Si se enfadaba, su piel empeoraba aún más. Las erupciones crecían y se extendían, apoderándose por completo de su cuerpo. Para ir al templo, incluso en los días más calurosos llevaba manga larga, que estiraba hasta cubrir sus manos cuando alguien la miraba. Y la gente siempre estaba mirando: las señoras de nariz aguileña, con sus grandes ojos y su pelo canoso; las más jóvenes,

que apartaban los ojos solo para luego poder volver a observarla. Los hombres mantenían la vista sobre ella por más tiempo. Una vez le pregunté a mamá por qué siempre nos miraban. Se encogió de hombros y dijo: «Cuando empezaron mis problemas de piel todos tenían sus propias teorías al respecto. Son un hatajo de estúpidos supersticiosos».

Para conseguir que fuera a comer al templo, mamá recurría a la paciencia, me suplicaba, luego me amenazaba; incluso a veces dejaba que su voz se elevara casi hasta gritar, pero había tanta gente mirando que tenía que bajarla enseguida y darse por vencida. Finalmente, yo tendría unos seis años, se le ocurrió una idea. En el bolso, además de servilletas y un monedero lleno de dinero suelto, llevaba un pequeño tarro de azúcar. Con la condición de que antes echara un vistazo a mi alrededor para ver si alguien estaba observando, me dejaba espolvorearla sobre el *roti*. Yo siempre esperaba a que se fundiera con la masa caliente antes de arrancar el primer bocado. Cada vez que mamá me dejaba comer este pan con azúcar, sacudía la cabeza en señal de desaprobación y me decía en voz baja:

—Es la última vez.

Pero se llevaba el tarro todos los domingos, fuera cual fuera el programa del templo. Una vez me dijo que el *roti* era lo único que su madre cocinaba cuando ellos estaban creciendo. No me sorprendió, pues mi Nani-ji —mi abuela— seguía comiendo *roti* en todas las comidas.

—En ocasiones también tuvimos que hacer cambios. Solo para variar —me dijo, con una sonrisa en los labios.

Era el tipo de sonrisa que ponía cuando recordaba algo que la hacía feliz. Yo no estaba acostumbrada a aquella expresión, porque el rostro de mamá se ensombrecía a menudo recordando el pasado.

Nani-ji iba al templo todos los domingos y se sentaba en la zona de las mujeres, con su velo de viuda en la cabeza. Su pelo era tan fino que a través de la tela de su chal se distinguían pequeñas franjas rosadas de su cuero cabelludo. Cada vez que entraba en el recinto y la veía, me levantaba rápidamente para asegurarme de que el pañuelo me cubría la cabeza y la corta cola de caballo. Por el rabillo del ojo observé que mamá hacía lo mismo. Nani-ji sabía que nos cortábamos el pelo y no le gustaba, así que hacíamos todo lo posible por

ocultar nuestro pecado, para que no lo notara ni comentara nada. Se supone que los sijs no se cortan el cabello ni se afeitan; las jóvenes y mujeres adultas llevan trenzas que les cuelgan por la espalda como si fueran cordeles, y los hombres, turbantes y espesas barbas que les comen gran parte de la cara. Mamá y yo íbamos a la moda con nuestro pelo corto; y papá también, con esos puntitos que le salían en las mejillas de afeitarse. La mayoría de las veces conseguía librarse de ir al templo porque en el hotel había cogido el turno del domingo. No era muy religioso, me había confesado en una ocasión. No tenía nada en contra de Dios, decía, pero tampoco creía necesario sentarse en su casa cada semana a tomar el té.

Nani-ji era demasiado mayor y caminaba demasiado despacio como para ir al templo sola; el hermano de mamá, Mama-ji Sarjit, la llevaba en coche por las mañanas. Siempre se sentaba delante con su mujer, la Tita-Gorda, así que nosotras nos colocábamos detrás. Mamá hablaba poco con su hermano, y con su cuñada, aún menos. Unos años antes, en una discusión, la Tita-Gorda había humillado a mamá porque no había asistido a las oraciones de inauguración de su casa. Yo me enteré porque mamá se burló del tipo de la Tita-Gorda, concretamente de su trasero. Tras el incidente evitamos el templo durante unas semanas; luego Nani-ji enfermó y tuvo que ser ingresada en el hospital, así que no tuvieron más remedio que volver a hablarse. Fingieron amabilidad al saludarse y al cogerse del brazo cuando estábamos en la cola de la comida. La tensión cargó tanto el ambiente que hasta se posó en el té con leche que tuve que beber para que el mendrugo que estaba comiendo me pasara por la garganta.

—No me gusta —le dije a mamá agitando la taza en su dirección. Las hojas negras del té subieron a la superficie.

—Es... antipático.

—Amargo —me corrigió.

Había suspendido la prueba. Quería ver si ella también podía saborear las emociones.

—No hay sabores «antipáticos»; es el cardamomo, que altera el gusto, le quita el dulzor.

Mamá no era consciente de la cantidad de pistas que me daba cada día.

Mi tío, Mama-ji, siempre exhibía una mueca de disgusto bajo la espesa barba. Saludaba limitándose a asentir con la cabeza. Dejaba que la Tita-Gorda hablara a su antojo; era la que más voceaba en el templo. Desde el lado opuesto al de la sección de mujeres se podía oír su voz chillona rebotando entre las planchas de acero y las paredes de color amarillo pálido. Se llevaba bien con las demás. Yo no estaba segura de que a mi abuela le gustara, porque a Nani-ji no le gustaba nadie, pero el caso era que la Tita-Gorda siempre estaba a su lado. Cada vez que Nani-ji se levantaba, la Tita-Gorda iba presto a ayudarla; cada vez que Nani-ji tosía, la Tita-Gorda le daba palmaditas en la espalda, mirándola concentrada más que con preocupación. A mamá, con todo este paripé, se le adelgazaban los labios, como si estuviera tragándose un comentario desabrido, y, como ella se sentía mal, yo también me sentía mal. Pasé todo el tiempo que duró la comida en el templo concentrándome en odiar a la Tita-Gorda; no pude comerme el arroz con leche, ni los dorados y grasientos aros de *jalebi*, porque la rabia se había apoderado de mis papilas gustativas y todo me sabía amargo.

El caso es que dejamos de ir al templo por una discusión de mamá con la Tita-Gorda. Nunca supe exactamente por qué habían discutido, pues no había nada en lo que no estuvieran en desacuerdo. Sucedió el año pasado en el comedor, después de un largo servicio religioso. Yo acababa de terminar de comer y me quedé mirando los retratos de los cinco gurús que colgaban de la pared, tratando de entender las historias que contaban. Uno de ellos mostraba a Gurú Nanak montado a caballo, con un delicado halo de luz alumbrando sus largos ropajes. En otro, tres hombres cargaban contra un ejército provisto de lanzas. En el tercero, los nueve gurús aparecían sentados en fila con las piernas cruzadas y con un templo a sus espaldas. Dejé que mis propias piernas se balancearan bajo la mesa. Nani-ji y la Tita-Gorda se sentaron frente a nosotras. La sobrina de la Tita-Gorda estaba allí: era una chica llamada Harpreet, de larga melena y barbilla puntiaguda.

—Somos primas —me dijo con toda naturalidad—; mi tía es tu tía.

Tras reconstruir mentalmente la supuesta relación, enseguida vi que en realidad no éramos parientes. La madre de Harpreet era la

hermana de la Tita-Gorda, pero lo cierto es que la chica era bastante simpática; cuando sin querer le di una patada por debajo de la mesa, antes de que yo pudiera disculparme, me dijo en tono despreocupado:

—¡No pasa nada!

Mientras mamá y la Tita-Gorda hablaban en inglés, Nani-ji comía despacio, aplastando el *roti* con los dedos antes de metérselo en la boca y frunciendo el ceño porque no entendía lo que decían. La conversación se refería a ella.

—Es demasiado mayor para quedarse sola —insistía la Tita-Gorda—. No puede vivir en mi casa —añadió—. Tengo dos chicos que cuidar.

Señaló a sus dos hijos, mis primos Devjit y Gurpreet. Eran ya adolescentes y no parecían necesitar que nadie los cuidara. Yo no era consciente de que me había quedado mirándolos hasta que Devjit me puso mala cara, así que volví a concentrarme en mamá.

—En mi piso no tenemos sitio —se justificó—. Es demasiado pequeño. Al menos, en tu casa hay una habitación libre. Ya sabes que quiero cuidar de mi madre ahora que es anciana, pero lo cierto es que no es viable.

—¿Qué?, ¿quieres cuidar de ella o solo estás poniendo excusas? —replicó la Tita-Gorda.

Mamá la miró fijamente; pude sentir como hervía por dentro de rabia.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó en voz baja.

—Nada, es muy típico de ti. No te gusta asumir responsabilidades familiares. Y es difícil saber cuándo estás diciendo la verdad.

Miró con atención las muñecas de mamá, que sobresalían bajo sus mangas largas. El sol había calentado mucho aquella mañana mientras caminaban desde casa hasta el autobús, así que la piel de mamá había adquirido un color rojo intenso.

—¿Quieres salir a jugar? —me preguntó Harpreet.

Quise decir que no, pero mamá se volvió hacia mí y me dijo:

—Pin, ve con tu nueva amiga.

Y dedicó a Harpreet una cálida sonrisa.

—Tu madre es muy guapa —dijo Harpreet mientras buscábamos nuestros zapatos en las estanterías de fuera.

Yo había colocado los míos encima de los de mamá, pero luego había llegado más gente a quitarse los suyos, de forma que el suelo era un puro revoltijo de zapatos de cuero negro, calzado deportivo, sandalias de lentejuelas de tacón alto y zapatillas planas.

Cuando por fin encontré mis zapatos, Harpreet me dijo:

—No te los pongas. Vamos a jugar a un juego de correr.

Al salir, bajamos por unas escaleras que conducían a un patio donde me encontré con los demás niños. Mamá y yo nunca permanecíamos mucho tiempo en el templo, así que no los conocía.

—¡Esta es mi prima Parveen! —dijo Harpreet, apretándome la mano.

—Soy Pin —corregí.

Nadie me llamaba por mi nombre completo. A papá le gustaba bromear diciendo que era demasiado largo para lo pequeña que era yo.

El patio era un amplio espacio abierto con altas paredes grises cubiertas de musgo y enredaderas. El suelo que pisábamos era áspero y desigual, pero Harpreet me aseguró que me acostumbraría en cuanto empezara a correr. Ella era la encargada de elegir el juego porque era la mayor.

—¿Podemos jugar al pilla-pilla? —preguntó un niño.

—Luego —respondió Harpreet, y entonces vi cómo giraba la cabeza hacia un lado—: *Choos* —pronunció en voz baja.

Al percibir mi extrañeza, tras echar un vistazo alrededor, me explicó en un susurro:

—Lo aprendí de mi amigo en la escuela: si dices una mentira, tienes que decir *choos* después. Si no, Dios te castigará por mentir.

Tomé nota.

—Jugamos a «¿Qué hora es, señor Lobo?».

Una persona era el señor Lobo y tenía que ponerse contra la pared de espaldas al resto. «¿Qué hora es, señor Lobo?», gritábamos, y el señor Lobo decía una hora. Nos acercábamos a él dando el número de pasos que había indicado: si decía que eran las tres, dábamos tres pasos. Cuando alguno de nosotros estaba ya lo bastante cerca del señor Lobo, tenía que intentar tocar la pared y volverse corriendo antes de que él lo pillara tocándolo. El pillado se convertía en el siguiente señor Lobo.

Jugamos varias veces, hasta que una masa de nubes bloqueó brevemente la luz del sol y proyectó sus sombras en el patio.

—¡Lluvia! —gritó Harpreet, y comenzó a bailar como si ya estuviera diluviando.

A lo lejos, oímos un trueno. Una fuerte ráfaga de viento trajo el olor a tierra mojada de alguna otra parte de la isla donde, en efecto, ya llovía. Yo esperaba que mamá saliera del templo de un momento a otro, pero no había señales de ella.

—Vamos a jugar un poco más. Quiero ser el señor Lobo —pidió un niño llamado Jaswinder.

En realidad, no le tocaba ser el señor Lobo, pero todo el mundo estaba cansado; estábamos jugando ya sin muchas ganas. Corrió hacia la pared de enfrente.

—¿Listos? —gritó.

—Yo sí.

Entonces los adultos empezaron a salir con cuentagotas, elevando la vista al cielo de hojalata.

—¿Qué hora es, señor Lobo? —preguntamos.

Él no respondió.

—¡Oye! ¿Qué hora es, señor Lobo?

Todavía nada.

—¿¡Qué hora es, señor lobo!? —gritamos todos al unísono.

Jaswinder se giró lentamente, sonrió y luego soltó:

—¡Jodeeeer!

El grupo enmudeció. Algunos chicos empezaron a reírse. Las niñas estaban horrorizadas.

—Se lo voy a decir a tu madre —le regañó Harpreet, que, dirigiéndose a mí, sacudió la cabeza y me aclaró—: Conozco a su madre.

El muchacho no parecía dispuesto a hacer caso: volvió a pronunciar la palabrota entre risitas. Los otros niños chillaban a carcajadas, pero ninguno se atrevió a repetir lo que acababa de oír. Las niñas se apiñaron.

Harpreet no tuvo que decírselo a su madre; la mujer se encontraba entre el grupo de adultos que abandonaban el templo en el instante en que el cielo empezaba a oscurecerse. Corrió hacia nuestro grupo como un rayo.

—Repíte eso —le desafió antes de darle dos bofetadas en la cara.

A mí se me escapó un gemido. Harpreet, en cambio, se puso en jarras y parecía satisfecha. Jaswinder comenzó a gimotear y a aullar arrastrado de la oreja por su madre.

—Decir palabras vulgares en el templo delante de todo el mundo... Espera a que le cuente esto a tu padre. Te va a dar más palos que a una estera. ¡Tú espera y verás!

Por un momento nos quedamos en silencio, como si lloráramos la pérdida de un soldado.

—Podríamos jugar a la pelota o al escondite —sugirió una niña huesuda llamada Neelu.

Harpreet estuvo de acuerdo y me preguntó si yo también quería jugar. Estaba a punto de decir que sí cuando vi que mamá salía del templo con mis zapatos en la mano. Andaba muy deprisa; algo iba mal. Me di cuenta por la forma en que me miraba, casi sin prestarme atención, porque su mente estaba ofuscada con otros pensamientos.

—Ya nos vamos, Pin —dijo bruscamente.

—Estamos jugando al escondite.

—No. Toma los zapatos. Nos vamos ahora.

Me volví hacia Harpreet.

—Bueno, pues la semana que viene —me disculpé.

Ahora que conocía a los otros niños me gustaba más el templo; correr y jugar me había hecho olvidar la comida mala de Dios.

—No. No vamos a volver la semana que viene. No volveremos más aquí —apuntó mamá, y los ojos de Harpreet se abrieron de par en par.

Cuando me hube calzado, mamá me cogió de la mano y me sacó fuera del patio. El grupo de adultos se apartó en silencio para dejarnos pasar. Los niños parecían desorientados. Harpreet me hizo un gesto de despedida con la mano, pero mamá tiraba de mí tan fuerte que no tuve tiempo de devolverle el saludo.

En la parada del autobús, me di cuenta de que mamá tenía las manos en carne viva. Se las retorcía, se mordía el labio inferior y trataba en vano de contener unas lágrimas que ya le caían por las mejillas. Apoyé mi cabeza en su hombro y mi mano en la suya, pero me apartó.



—Dios lo ve todo, Pin —dijo finalmente cuando se acercaba nuestro autobús—; solo recuerda eso.

Inmediatamente me sentí culpable por haber jugado a «¿Qué hora es, señor Lobo?» con Jaswinder, aquel niño malhablado. Dios lo había visto todo.

Al domingo siguiente empezamos a ir al mercado y, a partir de entonces, mamá convirtió en una religión la compra y el proceso de transformación de los alimentos en deliciosos platos gracias a sus recetas. La Tita-Gorda tenía que haber dicho algo terrible para que se enfadara tanto, pero no me atreví a preguntarle qué. Me limité a acompañarla al mercado y, cuando me advirtió por primera vez de que nunca debía ser como ella, me limité a decir:

—De acuerdo.

Luego me volví hacia el otro lado y pronuncié: «*choos, choos, choos*». Tres veces, para que hiciera más efecto.

Me desperté de la siesta al oír el chasquido de la cerradura de la puerta al abrirse.

—Hola, papá —murmuré cuando entró en mi habitación.

—Hola, Pinny —dijo con aire sonriente—. ¿Hoy no juegas al fútbol?

—No, es domingo —le respondí.

Los chicos del barrio a veces me dejaban jugar con ellos a tirarnos la pelota y al fútbol. Yo tenía una fuerte patada y era lo bastante pequeña para meterme en los espacios poco profundos de los desagües adonde a veces iban a parar los balones. Y era una niña, por lo que los vecinos se quejaban menos si les golpeábamos accidentalmente, pues se me daba bien poner cara de tristeza y pena cuando me regañaban.

—He visto a los niños abajo —dijo papá.

Se sentó en el suelo cruzando las piernas, luego miró a su alrededor como si quisiera comprobar si había alguien espionando. Bajó la voz.

—¿Prometes que no se lo dirás a nadie?

Asentí con la cabeza.

—¿Lo prometes? ¿Lo prometes, *lo prometes*?

Sacó del bolsillo un fajo de billetes doblados como si fueran dólares. Mis ojos se abrieron de par en par. Debía de haber más de veinte papeletas de lotería.

—¿Tantas? —pregunté, cogiéndolas.

Las extendí en el suelo para examinarlas. Cuatro de los décimos tenían números que yo le había dado; el resto eran desconocidos para mí. Señalé billetes al azar y pregunté por ellos.

—¿De dónde sale este?

Las explicaciones de papá eran variadas. Sus números eran como los platos de mamá: llenos de historias y combinaciones. 4402 era la matrícula del coche de un huésped rico del hotel. 2421 era el coste de sus zapatos nuevos, 24,21 dólares. El 6748 se le acababa de ocurrir durante un turno de noche y lo tomó como una señal de que tenía que usarlo.

—Esta semana había tantos números importantes, Pin... —me confesó—. No podía limitarme a comprar solo uno o dos.

Él no tenía por qué darme explicaciones. La que se iba a enfadar mucho si se enteraba era mamá, convencida de que la lotería era tirar un dinero que no teníamos. «¡Por qué no consigues un trabajo mejor en lugar de gastar todo tu sueldo en estúpidos billetes de cuatro dígitos!», le recriminaba siempre, más en tono de afirmación que de pregunta.

—No se lo diré a nadie —tranqualicé a papá mientras él iba contando los décimos antes de volver a meterlos en los bolsillos.

—Gracias, Pinny.

Alisó con la mano mis rebeldes rizos, que volvieron a brotar de inmediato.

—Tengo que ir a cortarme el pelo —reconocí. El clima húmedo me encrespaba el cabello, lo que me daba cierta apariencia de monstruo. En el colegio siempre lo recogía en una coleta porque no se nos permitía llevarlo suelto. Cuando mamá se sentía generosa, me dejaba usar un poco de su laca para alisarme los rizos, que luego me sujetaba con su pinza negra *strass*, y entonces el pelo me brillaba.

—¿Por qué no le has pedido a mamá que te lleve hoy a la peluquería? —preguntó—; después del mercado... —añadió.

Me miré la mancha de la pierna. La rojez que me había provocado se había desvanecido. Pero papá no estaba mirando al mismo

sitio. Tenía la costumbre de hacer preguntas y luego no prestar atención a las respuestas. Me tumbé boca arriba y vi cómo mi estómago subía y bajaba acompañando mi respiración. La oscuridad iba invadiendo mi cuarto. Los gorjeos de los últimos pájaros cantores del concurso que aún quedaban en el otro bloque se colaban en nuestro piso en pequeñas oleadas.

—Teníamos mucha compra que traer —respondí finalmente.

—He visto que tu mami ha llenado la nevera como si no hubiera un mañana —apuntó.

—Quizá se le hayan ocurrido nuevos platos.

—Puede ser —añadió papá sin mucho convencimiento.

En su entrecejo aparecieron tenues líneas de preocupación. La última vez que mamá compró tanta comida como resultado de una repentina inspiración, primero parecía entusiasmada, pero luego se puso nerviosa. Echaba ralladura de canela a los muslos de pollo; mezclaba verduras de hoja con judías verdes; se empeñaba en decorar sus platos como si fueran buqués coloristas. Eso ocurrió la primera semana después de la discusión en el templo. Nani-ji había llamado varias veces a casa para hablar con mamá, pero mamá no quería hablar con nadie.

—¡Si sigues pensando que soy una mentirosa, déjame en paz!  
—le gritó un día al auricular, sin saludar siquiera a quien se encontraba al otro lado de la línea.

Poco a poco, las llamadas cesaron y mamá empezó a idear platos más apacibles: pescado con salsa al *curry* suave como el terciopelo, cerdo asado y glaseado en rodajas, fideos cocidos con verduras finamente picadas.

Tratándose de comida, siempre decía que el dinero no importaba. Regateaba en el mercado, pero si la obligaban a pagar el precio marcado, lo aceptaba. Solo reaccionaba después, en casa, cuando rebuscaba en su bolso y dejaba los billetes y el cambio sobre la mesa, suspirando y chasqueando la lengua contra los dientes. Papá intentaba compensar la escasez de dinero haciendo que pareciera que teníamos más. Le gustaba recordarme que era solo cuestión de tiempo acertar el pleno en el sorteo de los 4D; entonces, me aseguraba, todo aquel alboroto y toda la preocupación parecerían una tontería. Yo le seguía la corriente porque mamá se negaba a hacerlo, así que intentaba

dejarme convencer, pero me costaba, porque lo cierto es que nunca ganaba ni siquiera un premio de consolación. Papá no se limitaba a comprar boletos de los 4D; se presentaba a todos los concursos y sorteos de los que tenía noticia. Cuando en la radio los locutores anunciaban que los diez primeros en llamar ganarían un *walkman* o entradas para el cine, él saltaba como un resorte en dirección al teléfono y marcaba el número. A veces deseaba que creyera un poco en Dios, porque de esa manera Él lo guiaría para elegir por fin los números correctos o para llamar a la emisora de radio en el momento adecuado. Había un punto en aquel afán de papá que hacía que me doliera el corazón. Necesitaba ganar algo.

Teníamos dos teléfonos en el piso. Uno estaba fuera, en el salón: era negro, con la superficie pulida y botones adicionales para activar funciones que no necesitábamos usar, como la llamada en conferencia y el altavoz. Papá lo había ganado en el sorteo que hacían en su oficina por el Año Nuevo chino, el único en el que había recibido un premio. Metimos el viejo aparato —uno básico de color crema— en el trastero, hasta que un día descubrí una toma de teléfono bajo mi escritorio. Papá lo conectó, pero mamá insistía en que lo quitara porque yo era demasiado pequeña para tener mi propio teléfono, aunque compartiéramos la línea.

—Pin no necesita hablar con nadie desde su habitación. En esta casa no hay secretos —le dijo mamá en voz alta.

Pero papá no quiso desconectarlo y respondió:

—Espera a que alguien llame y escucha; verás por qué es bueno tener dos teléfonos.

Tenía razón. Cuando entraban las llamadas, aquellos dos tonos independientes sonando a la vez se oían estupendamente. Los vecinos se asomaban a nuestro piso impresionados.

Papá me hizo prometer que no escucharía las conversaciones desde el aparato de mi habitación. Yo intenté razonar con mamá:

—Pero si no hay secretos en casa, ¿por qué no lo puedo usar para escuchar?

—No seas descarada, Pin —dijo sin más; esa fue su única respuesta.

Cuando sonó el teléfono aquel domingo de julio por la tarde, mamá y papá estaban en la cocina charlando en voz baja. A mí me daba demasiada pereza levantarme del suelo, pero entonces recordé que aún tenía cosas del colegio que preparar para el día siguiente. Los tutores nos inspeccionaban los zapatos todos los lunes y ya me habían puesto un negativo por no llevarlos limpios y brillantes.

El teléfono seguía sonando: la voz de mamá aumentaba de volumen y, por un momento, mi corazón se detuvo. ¿Se habría enterado de lo de los billetes de lotería? Pero entonces me fijé en el tono de papá: no intentaba defenderse.

—Si eso es lo que quieres, sigue comprándola. No te lo voy a impedir. Tú no vas a parar, pero nuestra cuenta bancaria sí va a hacerlo —replicó mamá.

Era una discusión de dinero, una discusión normal, de las que empezaban y estallaban de cuando en cuando en nuestra casa y permanecían en el aire hasta que se retomaban. El teléfono sonó una vez más.

Debí de levantar el auricular al mismo tiempo que mamá, porque, por lo general, si lo cogía cuando ya había empezado a hablar, ella oía el clic y decía:

—¡Pin! Estoy hablando yo. Cuelga el teléfono.

La Tita-Gorda estaba al otro lado de la línea. Yo no había escuchado su voz desde aquel día en el templo. He de reconocer que tampoco la había echado mucho de menos.

—Hoy han tenido que llevar otra vez a madre al hospital. Solo he pensado que querías saberlo —informó en tono desabrido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mamá.

—Sus pulmones otra vez. Lleva unos días con una tos muy fuerte. Tuvimos que convencerla de que fuera; ya sabes cómo es. Los médicos dicen que ahora está estable y quieren tenerla en observación uno o dos días, pero ella insiste en dejar el hospital mañana.

—Bueno, si se siente lo suficientemente bien... —dijo mamá.

—La cuestión es que ahora se vale peor por sí misma. Es como si se fuera apagando cada día.

—Lo sé. Ya hemos hablado de eso.

—Últimamente ha estado hablando mucho de ti.

Mamá suspiró, pero a través de la línea aquello sonó más bien como un rugido.

—No puedo cambiar lo que ella piensa. Ni lo que piensa nadie. Puedes decírselo.

—Díselo tú misma. Me dijo que llamara y preguntara si aceptarías que se quedara en tu casa.

—¿Qué? —preguntó mamá.

Casi se me cae el auricular. ¿Nani-ji quería venir a vivir con nosotros? Eso no me sonaba bien.

La Tita-Gorda suspiró.

—No sé por qué, pero eso es lo que ha estado diciendo. Últimamente habla mucho de la vejez, que hay que dejar atrás el pasado y cosas así. Dice que quiere olvidar lo que sucedió. Fue hace tanto tiempo... Quiere estar más tiempo contigo y con Pin.

—Tengo que pensarlo —dijo mamá—. La verdad es que aquí no hay mucho espacio.

Había un punto exultante en su voz. Era emoción. Mamá estaba feliz; me pareció escucharla reír en su interior. Colgué el teléfono con cuidado y me fui a la sala de estar a observarla; había acertado. Estaba sentada en el borde del sillón de ratán, moviendo nerviosamente la rodilla. Una sonrisa asomaba a sus labios como si estuviera a punto de dar rienda suelta a sus sentimientos.

Ella y la Tita-Gorda siguieron hablando durante unos minutos más antes de que mamá le dijera que aún tenía la cena por hacer. Se despidió y entró rápidamente en la cocina. Ahí estaba papá, sentado ante las hojas del periódico esparcidas sobre la mesa.

—Lo sabía —dijo sin disimular su alegría—. Cuando me he levantado por la mañana he tenido este presentimiento; la sensación de que mi madre llamaría pronto y me pediría quedarse con nosotros. Yo no quería decir nada, pero lo sabía. Quiere olvidarlo todo.

La puerta de la nevera sonó como un beso cuando mamá la abrió y empezó a vaciar los estantes.

—Mientras hoy compraba tanta comida no dejaba de preguntarme por qué; ¿qué había que celebrar? Y ahora lo sé. Esta mañana lo presentía. Quiere olvidar y pasar página. Lo sabía...

Siguió repitiendo lo mismo hasta que quedó claro que en realidad no estaba hablando con papá, sino consigo misma. Pronto la

encimera se llenó de hierbas aromáticas molidas, especias en polvo y carne congelada. Reía de felicidad para sus adentros.

—Pero ¿qué hago?... Ella no puede comer lo mismo que nosotros...; aunque ha dicho que quiere dejar atrás el pasado. ¿Eso implicará también cambiar su forma de alimentarse?

Papá se limitó a mirarla sin decir palabra.

—¿Qué sucede? —pregunté en tono cándido al entrar en la cocina.

Papá abrió la boca como si fuera a decirle algo a mamá, pero en ese momento ella salió, así que se dirigió a mí:

—Tu abuela, Nani-ji, se viene a vivir con nosotros.

—¿Por cuánto tiempo? —pregunté.

—Por un tiempo —contestó mamá molesta—. No seas maleducada.

—¿Dónde va a dormir? —continué, al tiempo que echaba un vistazo a nuestro piso. No se me ocurría ningún lugar para poner a Nani-ji aparte de la despensa.

—Todavía no hay nada decidido —dijo finalmente papá—. Ni siquiera sabemos si de verdad va a venirse a vivir con nosotros.

Los profundos pliegues del entrecejo se le marcaron de nuevo. Se rascó la cabeza.

—Si yo le digo que puede venir, entonces sí que vendrá —afirmó mamá.

—¡Yo no quiero que venga! —exclamé.

Papá empezó entonces a recopilar las páginas dispersas de su periódico y a ponerlas en orden. Yo no entendía cómo podía estar tan tranquilo, si era él precisamente quien menos le gustaba a Nani-ji.

Papá y mamá se intercambiaron miradas. Ella parecía enfadada, pero el atractivo despliegue de la compra sobre la encimera la distrajo. Me dio la espalda y empezó a ordenar las verduras y la carne pulcramente en los estantes.

—Te llevo a picar algo, Pin —me propuso papá—. Solo por esta noche —le dijo a mamá.

Ella al principio negó con la cabeza, y murmuró algo así como que su madre le habría dado un capón si, de niña, hubiera sido tan caprichosa, pero se la veía muy entusiasmada y quizá por eso lo dejó estar.

—Vamos, Pin. Deja de hacer el tonto. Vamos abajo. Picaremos algo y luego subiremos a comer lo que haya hecho tu mami.

Papá me sonrió cariñosamente. Siempre hacía lo mismo, se aseguraba de que tanto mamá como yo nos quedábamos contentas.

—Bueno —acepté.

Fui a mi habitación a ponerme las bermudas de tela vaquera que había llevado al mercado por la mañana; la camiseta roja estaba en un rincón hecha un guiñapo. Aún no se le había ido el olor a pescado.

Una fresca brisa vespertina recorría el aire cuando salimos de nuestro bloque. Le di la mano a papá entrelazando mis dedos con los suyos. Los domingos por la tarde las calles se quedaban casi vacías y había menos ruido; caminamos como si aquel espacio nos perteneciera. Tubos fluorescentes y carteles luminosos alumbraban los puestos de comida. Yo me pedí los fideos *hokkien* con brotes de soja y rodajitas de chile; papá, arroz *dedo-índice*. Lo llamábamos así porque la comida estaba dispuesta en pequeñas bandejas detrás de una vitrina, así que los clientes tenían que pedir un cuenco de arroz y luego señalaban con el dedo el ingrediente que querían: tofu, pastel de pescado, judías verdes fritas, espinacas o pollo al vapor. El letrero situado sobre el puesto decía: «Arroz económico muy sabroso». Era un menú barato: por solo tres dólares papá compraba un plato tan lleno que apenas podía verse el arroz del fondo. Nunca hablábamos mientras comíamos.

Mis fideos eran lisos y resbaladizos, difíciles de sujetar con los palillos, y el chile me ardía en los labios; era más picante de lo que recordaba. Estuve estudiando las expresiones de la cara del vendedor, escondida tras el humo que se elevaba de su wok chisporroteante. Encajonado entre los mostradores de acero y la caseta de cristal de su puesto diminuto, se le veía demasiado grande e incómodo. Papá terminó antes que yo y soltó un suspiro de satisfacción. Mientras comía pensé en Nani-ji, tratando de sentir algo de culpa o incluso un poco de tristeza. Me pareció que mi estómago acusaba alguno de estos sentimientos, pero pasado un rato concluí que mi malestar se debía solo a los fideos.

—¿En qué estás pensando? —preguntó papá—. ¿Estás lista para la escuela mañana?

Hice una mueca. Él se rio y movió la cabeza en señal de desaprobarción.



—Te queda mucho camino por recorrer, Pin —me recordó.  
Hice otra mueca.

—¿Por qué tiene que quedarse Nani-ji con nosotros? —pregunté.

—No tiene por qué. Pero tu madre quiere que se quede.

—¿Por qué? —insistí.

Papá hizo una pausa, estaba seleccionando con cuidado las palabras que iba a utilizar, al igual que un rato antes había hecho con los ingredientes que acompañaban al arroz.

—Por un lado, está enferma. Y ella y tu mamá tienen muchas cosas que resolver... Es muy complicado, Pin. No me corresponde a mí explicártelo.

Bajó la mirada y dejó caer las manos. Por eso nunca le había pedido a papá que me aclarara por qué mamá no quería que me pareciera a ella. Para él era un gran enigma, como para todo el mundo. En ocasiones, mientras ella hablaba, él la miraba de pronto de un modo distinto, como si acabara de conocerla. Tratándose de mamá, ambos nos asombrábamos con frecuencia y a menudo estábamos algo confusos.

—Tú no le gustas —le recordé a papá.

—A Nani-ji hay muchas cosas que no le gustan. Ha tenido una vida dura.

—¿Dónde va a dormir? ¿Y por cuánto tiempo?

—Escucha, Pin —me dijo—: No quiero que le des más vueltas a esto. Te guste o no, tu abuela se va a quedar con nosotros. Es la madre de tu madre. Es de la familia y, a veces, hacemos sacrificios por la familia, ¿vale? Si yo quisiera que mi madre y mi padre vinieran a quedarse con nosotros, probablemente a mamá no le haría mucha gracia, pero lo aceptaría, ¿no?

Yo no estaba muy segura de eso. De todos modos, los padres de papá ya habían muerto cuando se casó con mamá.

—A ver si te entra en la cabeza —continuó—. En cualquier caso, pasará todavía algún tiempo, tal vez una o dos semanas, antes de que Nani-ji se mude. Estate tranquila, que aún no está haciendo las maletas.

Una gata callejera con pintas se me coló entre los tobillos y luego se fue hacia papá. Me agaché para acariciarla. Si mamá hubiera estado allí, me habría retirado la mano y habría exclamado: «¡No seas cochinal!».

Pero papá me dejó acariciar su largo pelo gris. Le rasqué detrás del cuello hasta que se tumbó y se estiró en el suelo con las patas extendidas y las garras abiertas. Él miró debajo de la mesa y la atrajo con un trozo de pastel de pescado. Mientras el animal se agachaba a olisquearle la mano rebuscó en su bolsillo y sacó una factura vieja.

—¿Tienes un boli? —preguntó.

—No —dije.

Sacó también el bolígrafo que siempre llevaba en el bolsillo de la camisa.

—Tú empiezas —me pidió, señalando a la gata con la mirada.

Yo negué con la cabeza y le devolví el papel.

—Tú primero —pedí.

Papá cogió el bolígrafo y empezó a dibujar el contorno de la gata, que poco a poco comenzó a tomar forma sobre el papel.

En el colegio no me tomaba muy en serio las clases de arte. Las actividades eran aburridas: dibujar un bol de frutas, hacer una tarjeta del Año Nuevo chino, coger una hoja del exterior y trazarle las venas. Pero sentarse con papá a dibujar no era una actividad escolar. Muchas tardes, cuando volvía del trabajo, pasábamos el rato sentados en casa dibujando los edificios de enfrente. Cuando salíamos y no había nada que decir, siempre sacaba un papel y encontraba algo para que lo dibujáramos entre los dos.

La gata cambió de postura. Ahora, sentada satisfecha sobre su vientre, había adoptado un aire regio. Entornó los ojos mirando hacia mí como si acabara de insultarla. Papá se rio y añadió algo de redondez a la esbelta figura que acababa de trazar.

—Está gorda.

—Bien alimentada —respondió él.

A lo lejos se veían más gatos frotándose contra las piernas de los clientes y abriéndose camino entre las mesas. Todos tenían las mismas barrigas colgantes que, al andar, se balanceaban como el péndulo de un reloj. El suelo estaba lleno de fideos, trozos de pescado, patatas y grumos de arroz.

Papá se buscó en los bolsillos otro trozo de papel.

—Te toca a ti —dijo, dirigiendo el bolígrafo hacia mí.

Contemplé su dibujo en el recibo manoseado y supe que no conseguiría mejorarlo. Me contó que, durante sus largos turnos de

guardia en el hotel del centro, cuando no había nada más que hacer, dibujaba. Representaba sobre todo lo que veía en las pantallas de seguridad, ya que estaba obligado a no apartar los ojos de ellas: puertas, pasillos, a veces las calles del exterior tomadas desde el estrecho ángulo de la cámara.

Mamá se quejaba de la cantidad de recortes con figuras de trazos negros y grises que encontraba en sus bolsillos, pero yo no dejaba que los tirara. Guardaba aquellos papelitos en el cajón de mi escritorio y los llevaba a la escuela conmigo, unidos con un clip, y a veces les echaba un vistazo durante la Hora de Silencio. Cogí el papel de papá de mala gana.

—¿Qué quieres beber? —me preguntó.

Le dije que nada con la cabeza, pero él se levantó de todos modos y volvió con un té de crisantemo helado en un vaso alto que me acercó.

—No —rechacé.

La cabeza de la gata descansaba ahora apoyada en el recodo que formaban sus patas. Los pliegues de su piel sobresalían como pequeñas ruedas neumáticas. No conseguía representar bien la forma de sus orejas: aquellos dos conos afilados y precisos se traducían en vulgares formas en mi dibujo. Cuanto más repasaba el bolígrafo sobre ellas para perfilarlas, más redondas se volvían, pero ya no se podrían arreglar, porque quedaban abultadas.

—Deberías tomar un poco de esto, Pin. Está dulce —insistió papá.

Empecé a perder la paciencia. A papá no se le daban bien las combinaciones: el té de crisantemo no pegaba con los fideos ni con su arroz mixto.

—No quiero —repetí.

Entonces apreté el bolígrafo contra el papel empujando el vaso en su dirección: el vaso se volcó y el té se derramó. Yo no quería estropear mi dibujo, pero cuando la tinta se extendió sobre la superficie mojada del papel, difuminando la silueta del gato, el animal parecía estar en movimiento. Papá se apartó para sentarse en otra silla, de modo que ya no estábamos uno frente al otro. Se puso a mirar el dibujo.

—Se parece —dijo para animarme.

Cuando los dos miramos hacia el lugar que había ocupado la gata, comprobamos que ya se había ido a otra mesa.

—Las orejas estaban bien —añadió.

Le di la vuelta al papel para comprobar si la tinta había calado a la mesa. Entonces vi algo escrito al otro lado: era una serie de números.

—¡Anda! ¡Tienes que guardar esto! —le sugerí mientras le entregaba el billete de lotería. Se me había quedado pegado a los dedos.

Lo despegó con cuidado. Pasó un minuto mirando los números, releyéndolos y repitiéndolos en voz alta. Luego hizo una bola con él y la tiró a mi plato de fideos sin terminar.

Nos levantamos sin decir nada y nos fuimos a casa. Rellené el silencio de la velada con historias sobre la escuela: cosas que nos habían contado mis profesores y juegos que habían inventado mis amigos durante el recreo. Hablé y hablé para que papá no tuviera espacio para decir nada. No le pregunté por qué había tirado el billete; yo ya sabía la razón. No íbamos a ganar. Nani-ji se venía a vivir con nosotros. No había sido una semana con mucha suerte.

Aquella noche me dormí pensando en la última vez que mamá, Nani-ji y la Tita-Gorda habían estado en el templo. Intenté adivinar qué habría dicho mi tía para que mamá se molestara tanto, pero cuando pensé en su enfado recordé la piel de sus manos en carne viva y me vinieron a la memoria las miradas acusadoras de la gente. Abrí los ojos en mitad de la noche porque me pareció oír a papá diciéndome que me despertara, pero no; conversaba con mamá. Nunca lo había oído hablar de forma tan insistente, así que me asusté. Pensé que mamá habría descubierto lo de los billetes de lotería y que él estaría intentando defenderse, pero cuando levantó la voz pude entender lo que decía.

—Sinceramente te lo digo, Jini —dijo—. Ella no viene aquí para arreglar el pasado. Tiene alguna otra cosa en la cabeza. Tu madre nunca estuvo de tu parte y nunca lo estará. Tienes que meditar bien si quieres que se mude.

La voz de papá me sorprendió: nunca le había escuchado un tono tan tajante.

Mamá respondió, pero hablaba demasiado bajo y no pude entender lo que decía. Cuando me acerqué a la puerta se callaron, como si de repente hubieran caído en la cuenta de que yo estaba al otro lado del pasillo. Intenté mantenerme despierta por si decían algo más, pero terminé por sumirme en un profundo y anodino letargo sin sueños.